

TODO ES
HISTORIA
ACE 20 AÑOS
El regreso
de PERON
ELOISA D'HERBIL,
un «Chopin con faldas»
STORIA Y NOVELA
n debate sobre
realidad
la creación
Vida cotidiana en un
fuerte de frontera

Hace veinte años

EL RETORNO

Una «P» contenida dentro de una «V» dibujada con tizas o carbón, fueron, durante diecisiete años, el símbolo más caro al peronismo.

Ese «Perón Vuelve» condensaba las aspiraciones del movimiento derrocado en 1955, el que depositaba sus mayores expectativas en el retorno de su líder al país. Primero fue el mito del «avión negro», luego el frustrado Operativo Retorno del 4 de diciembre de 1964.

Hace veinte años aquella aspiración peronista se concretó con el arribo de Perón a Ezeiza el 17 de noviembre de 1972. Ese retorno fugaz preparó el segundo y definitivo del 20 de junio del año siguiente.

ERNESTO GOLDAR



El 17 de noviembre a las 11.20, después de diecisiete años y un mes de exilio, Perón vuelve a pisar suelo argentino. Persistente llovizna, emoción de sus seguidores y rígidos dispositivos de seguridad dieron marco a su retorno.

DE PERON



Un relato de David Viñas, titulado *El avión negro*, cuenta sobre dos paisanos, el padre y el hijo, que en un campo silencioso y estriado por la sequía esperan que llueva. La escena es metafórica, porque el hijo, además, acaba de anunciar que le han avisado «que llega», en obvia referencia a Perón, y ambos, si bien se llenan de fervor y expectativa, no hacen nada para que ese acontecimiento se produzca. Se limitan pasivamente a aguardar.

Se trata, según el punto de vista del narrador, de hombres que confían en un hecho «vertical», pues están acostumbrados a que las soluciones vengan de arriba, debido a su educación política saturada de paternalismo. Viñas quiere decir en este cuento que los peronistas creen en la vuelta de Perón del mismo modo que esperan la lluvia. La política, pues, para el peronismo, se reduciría a un acto de fe, ya que no depende voluntariamente de ellos. El caudillo exiliado, como el aguacero, vendrá del cielo; en consecuencia, el retorno es un mito.

Este cuento es de principios de los sesenta, y representa buena parte de las reflexiones sobre el asunto. Y no sólo se trata de las cavilaciones de los no peronistas como Viñas, pues para una cantidad considerable del pueblo llano partidario del ex presidente, su regreso en un *avión negro* — como se imagina con una dosis de broma y esperanza — tiene bastante de mágico y de leyenda, de designio cósmico situado más allá de las posibilidades reales. Este comportamiento psicológico revela, según es permitido inferir, una situación política objetiva: el líder ha sido derrocado en 1955, el peronismo sigue proscripto, y las probabilidades de restauración de los tiempos añorados de bienestar son, a casi diez años de la caída, difíciles y, para muchos, imposible.

Sin embargo, en 1964 el país se inquieta por una novedad cargada de amenazas: Perón vuelve. El exiliado en Madrid, al que muchos presumen definitivamente marginado, está dispuesto a aventar la mitología paralizante que intenta adueñarse de su Movimiento para sacarlo del medio. Mientras el gobierno radical de Arturo Illia, las fuerzas armadas y las «fuerzas vivas» del antiperonismo destilan preocupación y temor, y los sindicatos se movilizan, y a pesar de que los políticos justicialistas se manejan por cautela, el 17 de octubre en plaza Once se juntan 70.000 voces para gritar «Perón está cerquita». No hay belicosidad en la proposición de regreso; existe ánimo *pacificador* en quien desea venir. Con todo, lo cierto es que Perón es detenido el 2 de diciembre por las autoridades brasileñas en el aeropuerto de El Galeao, le comunican que no es persona grata y lo envían al punto de partida. Este proceder de la dictadura militar de Brasil se debe a un pedido expreso del gobierno argentino y, lo que es igualmente grave, según informes de la Comisión Pro Retorno que actúa en aquella oportunidad, a la conjunción de grandes poderes internacionales, sin excluir a los norteamericanos, los únicos que pueden gravitar sobre Franco para que éste comunique a Perón con posterioridad a los hechos que si se propone realizar actividades políticas debe abandonar España. Es más, se asegura que el oficial con uniforme de la Fuerza Aérea brasileña que comanda la operación en la cual detienen a Perón es, en realidad, un oficial norteamericano.

En fin, finalizados los años sesenta, luego de una etapa de silencio, el retorno de Perón está a la orden del día. El país ha cambiado. Ya no se piensa que los peronistas son seres pasivos que sueñan el regreso del líder como un regalo de la naturaleza. Ahora los enfoques críticos son distintos. Al fatalismo de la idiosincrasia peronista según el cuento de David Viñas, le sucede en la década de los setenta el alerta sobre la supuesta traición del líder. Tal es el motivo de una pieza teatral de bastante suceso denominada precisamente *El avión negro*, escrita por Cossa, Rosenmacher, Somigliana y Talesnik, en la que Perón aparece como un fantasma o un producto de la imaginación del protagonista — un muchacho ingenuo que toca el bombo — y el propósito central del caudillo es frenar la lucha, traicionar las promesas y abandonar a los «negros» en el momento decisivo. La obra recrea la óptica de la desconfianza a Perón que alimentan las izquierdas tradicionales, por más que no puede negar que las condiciones para la vuelta son cada día más posibles. Porque terminada la década de los sesenta, una nueva generación política, con marcados componentes de clase media, muchos de ellos hijos de antiguos adversarios de Perón, que se suma a los viejos peronistas «combativos», cree que la llegada del líder depende estrictamente de la voluntad de lucha.

El vuelo charter contratado para hacer el vuelo Roma-Buenos Aires, con escala en Dakar, congregó a dirigentes peronistas de casi todo el país. En la foto, la modelo Chunchuna Villafañe, detrás de ella la cantante Marilina Ross, y al fondo el cegetista Adalberto Wimer.

Luche y vuelve

Según los estrategas de la *guerra popular revolucionaria*, los requisitos para la insurrección son óptimos. La dictadura militar ciega y mesiánica que comienza en 1966, y una situación económica y social que conspira cotidianamente contra quienes están en la Casa Rosada, predispone para encauzar el descontento de las clases medias y los trabajadores. El gobierno, jaqueado asimismo por sus contradicciones de palacio, atina solamente a responder con la represión, y no deja de ver al «enemigo» en cualquier protesta. De este modo corre el riesgo de convertirse en un ejército de ocupación de su propio territorio y, cuando más se endurece, la oposición al régimen se vigoriza más.

El «cordobazo», en mayo de 1969, acaba con Onganía, pero durante el imperio de Lanusse se producen

«puebladas», como en Mendoza, en abril de 1972, resultado, la mayoría de las veces, de las torpezas y arbitrariedades de los que detentan el poder. La agitación se extiende asimismo de ciudades del interior a las zonas rurales del noreste del país. En este contexto, la actividad de las células de acción directa se fortalece, y conmueven a la opinión pública sus golpes espectaculares, cuyo paso inicial es el secuestro y homicidio de Pedro Eugenio Aramburu por los Montoneros, en mayo-junio de 1970.

En 1972, año del arribo de Perón, las acciones subversivas son cada vez más audaces. En los primeros meses, la actividad guerrillera y, en términos globales, la violencia política, oficial e insurgente, se intensifica. El 21 de marzo, Oberdán Sallustro, directivo de la Fiat, es secuestrado por un grupo operativo del Ejército Revolucionario del Pueblo, y será asesinado el 10 de abril, el mismo día en que se «ejecuta» al general Juan Carlos Sánchez, quien comanda las acciones contrainsurgentes en Rosario. A todo esto, y en esas semanas, compruébase que la maestra Norma N. Morello, quien estuvo detenida en un cuartel, ha sido torturada. Para junio, un juez declara fuera de la Constitución Nacional el uso del buque *Granaderos* como prisión flotante de presos políticos.

El 22 de agosto el país se conmueve. Dieciséis guerrilleros pertenecientes a distintas organizaciones son muertos en dependencias de la Armada, en Trelew. Según comunican las autoridades, han intentado fugarse. Las explicaciones nada claras, y la providencia macabra de las fuerzas de seguridad de «secuestrar» los féretros en el velatorio dispuesto en la sede central del Partido Justicialista, afligen gravemente a la ciudadanía que repudia la violencia generalizada y endémica, y no ve otra salida posible que restablecer la normalidad por medio del retiro de los militares y la vuelta a la Constitución.

Lo más serio para el régimen, desde el punto de vista político, es la existencia de organizaciones armadas que invocan al peronismo. En suma, al lado de las guevaristas, los Montoneros, que reclaman el trofeo de haber asesinado a Aramburu, prosiguen sus operaciones con mayor fervor, ya que Perón, lejos de desautorizarlos, utiliza a esas «formaciones especiales» – de acuerdo al eufemismo con que él las bautiza – como un arma esencial para presionar decisivamente al poderlo militar.

En consecuencia, los militares están preocupadísimos. Temen que se produzca una amalgama insurreccional que coordina las movilizaciones urbanas con las guerrilleras, en razón de que el potencial militante de la novísima izquierda peronista ha crecido en número y calidad vertiginosamente. Es una frase hecha en esos tiempos que después del «cordobazo» viene el «argentinazo», y así lo esperan y fuerzan los «soldados de Perón», propuestos a convertir el retorno del líder en un gran estallido popular que conquiste el poder para la liberación nacional y el socialismo. Claro que éstas son las ilusiones de los guerrilleros. Como la historia se encargará de demostrar, el exiliado en Madrid los usa para su propia estrategia. Sea como sea, en los meses de fuego y, paradójicamente, de promesas electorales de 1972, la realidad se confunde con las explosiones, los tiroteos, los tormentos, los secuestros y las desapariciones, y un brevísimo repaso de algunas responsabilidades permitirá

Perón llega a bordo de un avión privado al aeropuerto de Ciampino en Roma. Horas antes había dejado su residencia de Madrid. Lo reciben funcionarios italianos y Giancarlo Elía Valori, extraño personaje vinculado a López Rega.



más, en julio de 1972, en la citada revista *Las Bases*, que dirige José López Rega, el líder no hace distinciones (no es «excluyente») entre militantes de su partido y los que no lo son: *«No hay peronistas y antiperonistas, sino revolucionarios y antirrevolucionarios»*, concluye, y cuando el 28 de ese mes, en el estadio de Nueva Chicago, 18.000 adherentes apasionados cubren las tribunas y vibran con gruesos epítetos a Lanusse, al tiempo que rubrican su lealtad a Perón y su encomio a las formaciones armadas, el lema *«Luche y vuelve»* evoca, en algunos de los presentes, viejas temporadas de victoria, y en los jóvenes que son mayoría la nostalgia de lo que oyen y nunca vivieron.

Los estribillos *Aquí están / éstos son / los fusiles de Perón*; *Lucha / lucha armada / Perón en la Rosada*, y la expresiva cadencia que lo dice todo: *Ni votos / ni botas / fusiles y pelotas*, acompañados por las apelaciones virulentas de los oradores, Mario Hernández, Ricardo Beltrán, Rodolfo Ortega Peña, Rodolfo Galimberti y Héctor Cámpora, confirman que la convicción de combatir para el regreso de Perón y pelear en la forma que en ese invierno se pelea, es la táctica correcta que demanda el cuadro de situación.

La audiencia que el papa Paulo VI iba a concederle a Perón se frustra a último momento. La visita del responsable de la diplomacia del Vaticano a Perón en su hotel, reemplaza al encuentro papal.

observar que en esos momentos desapacibles es difícil, para quienes toman al pie de la letra las palabras de la conducción peronista, descubrir cuál es la verdad.

En junio de 1971, el proscripto, en su residencia de Puerta de Hierro, en Madrid, leyendo un texto en *off* para la entrevista que filman Fernando Solanas y Octavio Gettino titulado *Actualización doctrinaria para la toma del poder*, dicta la estrategia básica: «En las circunstancias actuales es preciso que todo el Movimiento se movilice y se incorpore a la acción. La conducta es bien simple prosigue y el deber bien claro: que cada peronista, en todo momento y en todo lugar, haga más de lo preciso por la liberación de la patria y de su pueblo». La exhortación de la Conducción Estratégica en coincidencia con la jerga peronista de la época, una alquimia de sinónimos tomados de manuales castrenses y de las clases de *Conducción Política* del propio Perón– no deja lugar a duda, y se reiterará permanentemente, entre otras oportunidades, en las palabras del líder que publica la revista *Las Bases* en abril de 1972: «Reconozco que tenemos en la Patria una juventud extraordinaria, que hasta sabe morir por sus ideales. En un momento tan aciago como el que estamos viviendo, enfrentando a la injusticia y la violencia, nuestras cárceles albergan y honran a miles de muchachos argentinos, a los cuales la Patria les deberá su homenaje en la hora en que la verdad prevalezca sobre la ignominia. Su sacrificio debe impulsar a los demás jóvenes hacia la unidad y la solidaridad indispensables, porque sólo de esa unidad pueden salir los frutos que han de madurar en la paz que ha de suceder a esta lucha en la cual corresponderá la mayor gloria a los que han pagado el mayor tributo de sangre».

El conductor postula la toma del poder; como corresponde, honra a los jóvenes que luchan y mueren. Es

Si el acto de Nueva Chicago es la reunión más radicalizada hecha en Buenos Aires en los últimos años, las declaraciones de Galimberti, responsable de la Juventud Peronista, a un reportero de *Primera Plana* en los primeros días de agosto, al revalidar su encuadramiento sigue las instrucciones de una cinta de Perón de febrero de 1971 donde afirma que todos aquéllos que luchan por el socialismo con las armas en la mano «son compañeros», arroja claridad meridiana sobre el peso de la orden *«Luche y vuelve»*. Así explica Galimberti su significado concreto, y subraya la diferencia con propuestas que están superadas: «Creo que ''Luche y Vuelve'' es la consigna recogida por los sectores más lúcidos, y por ende combativos, desde 1955 a la fecha. Es la que expresa que el retorno de Perón es únicamente posible mediante la lucha del conjunto del Movimiento. Lo de ''Vote y Vuelve'' no quiere decir nada para nadie hoy. Después de 17 años de lucha, en la que se pasó por distintas experiencias, nosotros sabemos que nuestra mayor fuerza es el número, y que en cualquier elección estamos en condiciones de demostrar que somos la inmensa mayoría del pueblo argentino. Pero con esto no alcanza, estamos absolutamente hartos puntualiza- y esta hartura ha asumido forma de conciencia política. Acá el retorno de Perón recalca no se resuelve mediante el voto.

Esto sólo se garantiza mediante las luchas del pueblo e indudablemente por *las formas más orgánicas y más radicalizadas que asumen esas luchas*. En una palabra,

por la única garantía posible, que es la *constitución de un poder militar popular*».

¿Necesita explicarse la noticia acerca de homenajes a Evita el 26 de julio de 1972 en los que participan activistas de la guerra revolucionaria, a lo largo del país, mediante 300 estallidos y acciones directas diversas? Los jóvenes peronistas armados suponen que con el advenimiento de Perón a la patria la revolución el nuevo diecisiete se pone en marcha.

El Gran Acuerdo Nacional

A todo esto, ¿cuál es la estrategia del gobierno militar? El sociólogo Alain Rouquié, en un artículo que examina la hegemonía militar en el Estado y en la sociedad argentina deduce, después de analizar el panorama de guerra interna reseñado recién, que debido al auge de la violencia revolucionaria alentada por Perón, y ante el recelo de algún multitudinario 17 de octubre a escala nacional, ha nacido el descontento popular y, aprovechado por las guerrillas, «*el propio Perón se ofrece para ahorrar al país el terremoto social que lo amenaza*».

Esta es una tesis bastante difundida; así y todo, una de las tantas interpretaciones posibles. El comentario de Rouquié tiene sus primeros antecedentes en los dibujos que publica en el matutino *La Opinión* hacia 1971 Hermenegildo Sábat, quien suele ilustrar lo que está ocurriendo en la forma de una pulseada entre Perón y Lanusse, o bien con el presidente *de facto* hundido en la nieve hasta el cuello y al exiliado en Madrid que se le acerca transfigurado en un perro San Bernardo, con el característico barrilito atado al pescuezo, para auxiliarlo.

A decir verdad, desde marzo de 1971 la política argentina tiene dos centros de gravitación: uno en la Casa Rosada y otro en Puerta de Hierro. Alejandro Agustín Lanusse, el nuevo presidente militar, luego del ocaso de Onganía y la defenestración de Levingston, concibe un «proceso de institucionalización» que politiza al gobierno al llevar como ministro del Interior a Arturo Mor Roig, radical y ex presidente de la Cámara de Diputados. Este paso rehabilita la actividad cívica, aun cuando el deshielo no será gratuito, pues el general Lanusse tiene en mente, ni más ni menos, un «Gran Acuerdo Nacional».

El susodicho plan de operaciones busca una salida honorable a la autocrática «Revolución Argentina», en razón de que en las cúpulas militares hay conciencia de intentar los preparativos para la retirada en las mejores condiciones posibles, es decir, tratando de no dar, como se repite hasta el cansancio, un «salto al vacío». La pretensión transcripta quiere significar, en otras palabras, que el paso a la normalidad constitucional debe hacerse con control militar. De ahí el nombre de «Gran Acuerdo Nacional»; se trataría, en suma, de un consenso «patriótico» que establecería las reglas de juego a que deben atenerse todas las fuerzas políticas, concordancia a la que, en último rigor, debe subordinarse la consulta electoral.

En resumidas cuentas, el GAN sería una coincidencia impuesta, como es de imaginar, por el poder de las cúspides uniformadas, a la que si la ocasión le añade una candidatura presidencial común, todavía es mejor, y si el candidato es un militar, la transición planeada sería casi perfecta.

Como el lector comprenderá, se maneja un proyecto, con sus probabilidades y sus fantasías. Puesto en funcionamiento, Lanusse, activo, carismático y «moderno», quiere hablar inmediatamente con Perón. Para esos menesteres envía a Madrid a su colaborador, el coronel Francisco Cornicelli; luego otras misiones serán encomendadas al brigadier Jorge Rojas Silveira, embajador en España, y al dirigente neoperonista neuquino Elías Sapag.

En esos primeros sondeos exploratorios acompaña al enviado especial del presidente Jorge Daniel Paladino, delegado de Perón, hasta que éste lo despromueve a finales de 1971. Se dirá que Paladino confunde los roles, en virtud de que buena parte del peronismo lo percibe como «el delegado de Lanusse ante Perón». Comprensiblemente, el veterano dirigente mueve sus piezas: designa en su lugar a Héctor J. Cámpora,



El entonces presidente general Alejandro Lanusse, entabló con Perón una partida de ajedrez que luego se transformó en una partida de póquer, según Alain Rouquié. Lanusse desafió a Perón a concretar su retorno.

consolida el Frente Cívico de Liberación Nacional y, para marzo, es visible que las negociaciones encauzadas por los personeros del régimen y Perón, debido, en otras causas, al recrudecimiento de la guerrilla y a la negativa del jefe del movimiento a condenar sus métodos, llegan a un callejón sin salida. Al terminar junio, Perón rehúsa haber llegado a un compromiso con las fuerzas armadas, porque al existir organizaciones cívicas, sindicales y empresariales nucleadas en un frente no está «autorizado moralmente –sostiene– para pasar sobre ellas» en acuerdos que, por otra parte, no cree necesarios. Por tanto, precisa que cualquier convenio debe ser con «*carácter público y no privado, ni menos secreto o confidencial*», y conmina al gobierno militar a establecer la fecha de las elecciones y al ofrecimiento de las garantías constitucionales pertinentes, ya que en caso contrario «sería difícil evitar una auténtica guerra civil, no deseada, ni querida por nosotros. Yo he dado un *ultimátum* –advierte al dar por interrumpidas las negociaciones–, si no lo respetan, los meses de julio, agosto y setiembre podrán llegar a ser muy caldeados en la Argentina».

Conforme se rumorea, Lanusse quiere atraerse al peronismo y por este medio llegar a presidente con el sufragio popular. Entonces Perón le dice al periodista que le insinúa esa instancia: «Mire, tengo más probabilidades yo de ser elegido rey de Inglaterra que Lanusse de llegar a ser presidente constitucional de la Argentina». La reacción del jefe de los uniformados no puede ser otra que un ostensible enojo, pues al tiempo de publicar las conversaciones entre Perón y Cornicelli (por si fuera poco, a este último, Perón en un ataque burlesco lo denomina «Vermicelli»), pronuncia un discurso en la comida de camaradería de las tres armas en la que si bien renuncia a sus aspiraciones presidenciales también proscribe directamente a Perón al instituir una exigencia para quienes aspiren a cargos electivos: «Estar presentes en el país entre el 25 de agosto de 1972 y residir permanentemente desde esa fecha hasta la asunción del poder por parte del gobierno constitucional», el 25 de mayo de 1973. Los comicios se fijan para el 11 de marzo.

A título ilustrativo debe decirse que la pulseada o el juego de póquer o la partida de ajedrez entre los estrategas de Perón y Lanusse durante el 71 y el 72, mantiene al activismo político en vilo. Aquí solamente recordamos los momentos más celebrados de esas movidas, aunque es necesario puntualizar que en julio y agosto las emociones del público crecen al máximo. A pesar de la cláusula de residencia del 25 de agosto que lo obliga a arribar al país antes de ese día, Perón se niega a regresar en las condiciones y en el momento exigidos por la dictadura. Siendo así, Lanusse le contesta en el Colegio Militar que el ex mandatario no vuelve «*porque no le da el cuero para venir*». Para muchos es una frase nada feliz. El conductor justicialista la califica de «discurso descompuesto». Inmediatamente, con el efecto de un *boomerang*, la dirección peronista instala en el país el Operativo Retorno y le pone plazo cierto. La venida será, inexorablemente, en el curso de 1972, y Perón decidirá el cómo y el cuándo. Desde ese momento a la cláusula de residencia la llamarán «la cláusula proscriptiva». Rubén M. Perina, en su ensayo sobre los gobiernos militares del período que comentamos,



La cúpula peronista en Madrid. Transcurrían los últimos días de la misión de Paladino como delegado personal de Perón. Sobre aquél caerán las acusaciones de excesivo dialoguismo.



Cuatro días antes del retorno, Héctor Cámpora y J. M. Abal Medina establecen contacto con funcionarios del gobierno.





El dirigente juvenil montonero Rodolfo Galimberti, encargado de aportar las definiciones «combativas». «El que tenga piedras, que lleve piedras, el que tenga algo más que lleve algo más», dijo.

Rodean a Cámpora en el momento del anuncio del retorno de Perón, José I. Rucci, A. Díaz Bialet y Torcuato Fino, entre otros.

es terminante con respecto a las iniciativas de Lanusse: «Su éxito en la descompresión de la situación política y la apertura de un diálogo con todas las fuerzas políticas —logro ampliamente elogiado— no fue igualado por el logro del acuerdo nacional que él tan vehementemente buscaba. Este fracaso evidente frustró sus aparentes intenciones de convertirse en la cabeza de un gobierno de unidad nacional, en un esfuerzo por reemplazar a Perón como el mayor líder nacional».

Operación Retorno

A partir del lanzamiento del Operativo Retorno, el país y la prensa internacional asisten a un frenesí de versiones. Es natural que una promesa de ese calibre genere expectativas grandes, aunque cabe sugerir que la casi totalidad de los rumores provienen de las usinas interesadas. Nos referimos concretamente a las oficinas de inteligencia del gobierno y de todo el abanico antiperonista, a los oficiales de inteligencia de las formaciones guerrilleras que han avanzado hacia puntos neurálgicos de los mentideros políticos, y a la propia dirección del peronismo, que no ahorra confusiones. Si algo singulariza a los tres meses de ansiedad que preceden al arribo del exiliado, es la saturación permanente de informaciones, desinformaciones y contrainformaciones. La suma de trascendidos enumera por ejemplo que: 1) Llegará el 17 de octubre; 2) Lo hará recién en noviembre; 3) Se prepara para fin de año; 4) El 13 de octubre viajaría a Asunción y se quedará allí; 5) Es imposible que llegue para el 17 de octubre; 6) La fecha es una incógnita; 7) El día de arribada se sabe pero no se dice; 8) El retorno depende «de las circunstancias»; 9) Es «casi inminente»; 10) No se sabe cuándo; 11) Será «muy pronto»; 12) «Regresará inexorablemente...»; 13) Lo hará en el momento oportuno; 14) No se sabe...; 15) De Perón: «Considero innecesaria mi presencia allí»; 16) Entre el 12 y el 15 de noviembre; 17) Fracasa: le impiden el ingreso al Paraguay; 18) Las fuerzas armadas no lo aprueban; 19) Las fuerzas armadas responden que no hay limitaciones para la presencia del «Señor Perón» en la Argentina; 20) «Si voy para hacer nada, tanto vale quedarse en Madrid»; 21) El 6 de noviembre se conocerá «a ciencia cierta» la fecha de venida; 22) Su viaje de regreso es todavía un proyecto; 23) Si viene permanecerá seis días; 24) Si vuelve, sólo estaría 72 horas; 25) Ya tiene residencia en Paraguay; 26) El propio Perón desmiente informaciones en el sentido de que la fecha elegida es el 17 de noviembre; 27) «¿Vendrá?» «Esperemos y luego veremos»; 28) De Perón: «Pero usted comprenderá mi desconfianza cuando veo en los diarios gubernamentales insistir para que yo regrese inmediatamente. Cuando el enemigo incita a actuar, se puede perfectamente pensar que trata de llevarle a una trampa...»; 29) Nadie puede excluir cambios de última hora; 30) Aterrizará en Bariloche. Acto seguido se reunirá con Lanusse en El Messidor; 31) Perón pasará unas vacaciones de ocho días en las islas Canarias...

En este torrente de contradicciones y conjeturas que gobiernan la cuestión hasta último momento, destacamos la «misión Perteagudo», que consistiría en un

encuentro del líder con la dirigencia política aliada *fuera* del país. Más que un rumor, parece ser una alternativa táctica para el caso de no poder llevarse a cabo el operativo.

Por si fuera poco, Héctor J. Cámpora, el delegado personal del ex presidente, esgrime también las ambigüedades y el misterio en consecuencia con los vaivenes del comando estratégico, aun cuando su tono prefiere el lado amenazante de la duplicidad.

Su frase predilecta es «*el justicialismo no se negocia*», en referencia a acercamientos con el gobierno. En cada ocasión reitera que su jefe ha sido proclamado candidato y que esta demanda es irreversible.

En la primera semana de octubre puntualiza que a las formaciones especiales «las ha conformado el Movimiento Nacional Justicialista; son reacciones del clima que vive el país desde hace seis años», explica. En una respuesta sobre si con la llegada de Perón tendrían los grupos armados que deponer las armas, responde: «¿Por qué van a deponer las armas? Ellos van a deponer las armas, me imagino, cuando el país, a través de los hombres que lo representan, en este caso el general Perón, hayan cumplido los objetivos que ellos se proponen por intermedio de las armas».

Las habitaciones del Hotel Internacional de Ezeiza son desalojadas ante la llegada de Perón. Decenas de periodistas extranjeros que hablan contratado habitaciones para montar su centro de prensa deben marcharse con télex y equipos a la calle.

Un día antes del retorno de Perón, el gobierno puso en marcha un fuerte dispositivo de seguridad que incluyó el desplazamiento de efectivos militares.

Pero la política tiene sus volteretas. Cuando para los mismos días en que vierte estas declamaciones, Perón remite a la Junta de Comandantes en Jefe su programa de 10 puntos, «*Bases mínimas para el acuerdo de reconstrucción nacional*», al que Lanusse califica de actitud «novedosa y sugestiva», Cámpora será el encargado de atender las relaciones con el brigadier Ezequiel Martínez, delegado de la Junta.

Platican de delegado a delegado. Como es fácil de deducir, las tratativas fracasan, porque si bien Perón invita desde Madrid al ejército argentino a convertirse en «brazo armado de la voluntad popular» en el caso de aceptar su plan, existe un mar de fondo nada propicio para estos entendimientos.

Para completar, las *Bases* son indigeribles para Lanusse. El jefe del movimiento justicialista requiere de los militares un programa antiliberal en lo económico, la derogación de las cláusulas proscriptivas, la baja de Mor Roig para «alejar suspicacias», el levantamiento del estado de sitio, y la libertad de los presos políticos y gremiales.

Finalmente Cámpora, para dar por terminado el escarceo y agregar mayor caos a las informaciones, destaca que el cumplimiento de los 10 puntos es un requisito fundamental para que Perón regrese.





Columnas organizadas e identificadas con pancartas de las llamadas «formaciones especiales» se destacaron en las movilizaciones hacia Ezeiza.



El pleito interior

La Juventud Peronista, la Jotapé, la Tendencia Revolucionaria o, para mencionarla coloquialmente, «la Tendencia», vitaliza el Operativo Retorno. En esas semanas de agitación levanta tribunas y encuadra movilizaciones en cada punto importante de la República. Su voluntad de militancia es inquebrantable. Galimberti y Juan Manuel Abal Medina conferencian con Perón a mediados de octubre por espacio de seis horas y reciben directivas.

Abal Medina, para azuzar los ánimos del antiperonismo, es hermano del fundador de los Montoneros, quien murió en un enfrentamiento con las fuerzas represivas.

Galimberti afirma en la capital española que el Viejo volverá «como prenda de paz o como jefe de la revolución que el país necesita», y en Puerta de Hierro le encargan gestiones secretas por diversos países relacionados con la operación.

Un dato del avance de la izquierda en los círculos dirigentes del Movimiento es el planteo que lleva adelante el representante juvenil Julián Licastro, quien recogiendo órdenes de Madrid argumenta en los últimos días de octubre que el Consejo Superior Justicialista debe reestructurarse para ponerse a tono con el emprendimiento. La ofensiva es un síntoma de la discordia interna que divide al peronismo, atenuada por la euforia del regreso a pesar de vislumbrarse irreconciliable.

Licastro —un ex teniente primero izquierdista— quiere separar de la dirección al delegado de Corrientes, Julio Romero, y particularmente a Jorge Osinde, delegado militar de Perón, porque, argumenta, «limitan» las funciones de Cámpora, el amigo de la Tendencia. Un índice de la crisis es el comunicado del Consejo Superior que amenaza sancionar «por indisciplina» a quienes proceden sin autorización de los organismos respectivos. Conjeturablemente, el mensaje está dirigido a Osinde, a quien trascendidos lo hacen aparecer en contactos directos con los altos jefes de las fuerzas armadas al margen de las resoluciones del Consejo Superior.

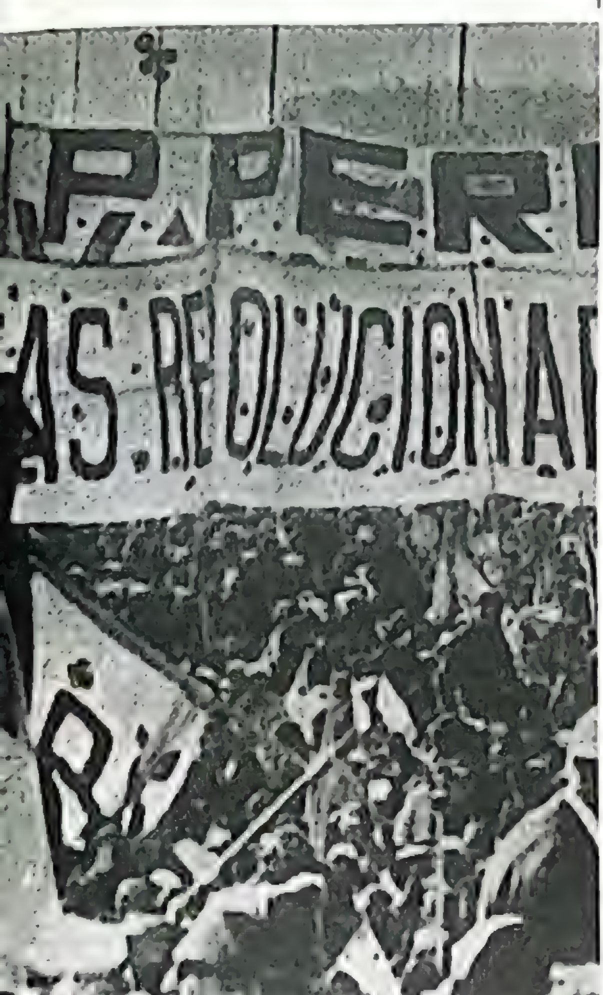
Para abundar en esta reñida interna, el 2 de noviembre es designado Juan Manuel Abal Medina nuevo secretario general del Movimiento; significa un aval a la Tendencia Revolucionaria. El 8 de noviembre se reúne en Santa Fe el Congreso de la Juventud por el Retorno, donde se imparten instrucciones —dadas por el Conductor— para movilizar a los jóvenes. Rodolfo Galimberti adelanta que las características

Isabel Perón desciende del coche que la acercó al sitio donde estaba el comité de recepción. Vestido marrón, tapado de piel al tono y lentes oscuros, la esposa de Perón aparece acompañada por Cámpora y Abal Medina.



El coche que esperó a Perón al pie de la escalerilla del aparato de Alitalia estuvo escoltado por seis vehículos más motociclistas de la Policía Federal. La custodia fue severa, pero no hubo muertes que empañaran el retorno como seis meses después.





finales de esas manifestaciones «serán dadas por la actitud que asuma la dictadura cuando Perón regrese». En igual significado, pero con irritable resonancia, se expresa Galimberti en un acto en la Facultad de Arquitectura de Buenos Aires. Ante ochocientos muchachos que corean consignas duras (*Cinco por uno, / no va a quedar ninguno* y *Ya van a ver, / cuando venguemos los muertos de Trelew*), el orador se refiere al comportamiento que corresponderá asumir a los peronistas el 17 de noviembre en caso de que el avión no llegue a Ezeiza. En tal coyuntura, justifica, «quienes se encuentren en el aeropuerto deberán quedarse allí», y aquéllos que no acudan a ese lugar «deben ocupar las fábricas, los barrios y las facultades». Adiciona respecto a la marcha a Ezeiza que la obligación es formar columnas numerosas: «*El que tenga piedras* – ejemplifica Galimberti – *que lleve piedras; el que tenga algo más, que lleve algo más*». Otro de los topetazos que en ese momento se producen entre la Juventud y el equipo especial comandado por Osinde es debido a la salvaguarda del jefe del Movimiento. Mientras Osinde (un teniente coronel retirado, ex jefe de seguridad del servicio de informaciones del ejército bajo el gobierno peronista anterior a 1955 y nombrado por Perón en noviembre de 1971 como consejo militar) manifiesta que se efectúan contactos con los organismos especializados del régimen para coordinar la integridad del ex presidente, la Tendencia proclama insistentemente que «la seguridad de Perón es cosa del pueblo peronista». Los sindicatos, por su parte, denotan moderación. Sus principales figuras, José Ignacio Rucci, secretario de la CGT, Rogelio Coria y Lorenzo Miguel por las 62 Organizaciones, actúan como factor de poder sin tener demasiado en cuenta al Consejo Superior Peronista. Cuando Lanusse a fines de octubre los cita a cambiar ideas en la Casa Rosada, enfatizan «la imprescindible presencia en el país de Juan Domingo Perón, indeclinable objetivo de los trabajadores argentinos...». En fin de cuentas, la Juventud les llama «burocracia sindical», y duda que para el día de la vuelta se animen siquiera a convocar a un paro.

De entorno y amortizaciones

Será en el curso de las actividades para el regreso cuando Perón, por vez primera desde su llegada a España en 1960, se reúne con periodistas españoles y extranjeros. El 4 de octubre lo entrevistan treinta reporteros. Es enigmático y especulativo: el cómo y el cuándo de su vuelta depende de la acogida que se le dé al «plan de diez puntos»; por añadidura, acota, él no tiene apetencias de poder: «Yo lo que en verdad quiero es servir a la República Argentina, mi patria, desde cualquier puesto». Tampoco le interesa un retorno dorado; el volverá aun en el supuesto de no darse los pormenores propicios; irá a la Argentina, asevera, «porque en paz o en guerra yo estaré allí como el conductor estratégico del Movimiento Justicialista». Pone de relieve de igual modo que si no se acogió a la disposición del gobierno para que volviese antes del 25 de agosto si quería participar en las elecciones, es porque no quiere respaldar con su asistencia una disposición arbitraria y anticonstitucional. Y levanta la conversación con la prensa con una de sus frases célebres, que el mundo político recoge como tantos de sus apotegmas y dichos ocurrentes. Al deseo de averiguar si el motivo de no volver en esa primera semana de octubre es porque estima que no se procuran las medidas necesarias de garantía para su persona, el líder, en tono flemático, detalla: «A mi lo de la seguridad hacia mi persona me tiene sin cuidado. A los 77 años de edad *yo ya estoy amortizado*, aunque a nadie nos gusta la muerte, yo preferiría morir con las botas puestas antes de hacerlo tranquilamente en la cama de un hospital».
En unos de los picos de tirantez del tira y afloja con el gobierno, justamente el 17 de octubre, Cámpora lee por televisión en un espacio cedido por Canal 13 en el programa «Actualidad en 24 horas» un mensaje del ex mandatario. El jefe justicialista reclama solicitud a su propuesta de 10 puntos, recalca que no cederá a presiones, y asegura que estará en la patria cuando el comando táctico lo indique. Al finalizar, sosiega a los exaltados: «Deseo que los compañeros de todo el país lo tomen como un gesto de paz y así procedan».
Alternativamente, no olvida castigar a la torre uniformada. En un mensaje magnetofónico a la rama sindical, escuchado el 18 de octubre, expresa que los militares están pensando antes en salvar el prestigio de las instituciones castrenses que en los verdaderos problemas del país. Cuando días más tarde en la consulta concedida a un diario italiano está otra vez en pie de guerra: «Usted ha dicho – le interrogan –: "O el gobierno de Buenos Aires acepta nuestros diez puntos o será la guerra civil". En el momento actual, ¿la Argentina está más cercana a un acuerdo o a la guerra civil?». «Todo depende de las soluciones que adopte la Junta Militar, cuyo poder es absoluto – reprocha Perón –. Contra la dictadura está el pueblo que no acepta más humillaciones ni más abusos. Esta es la razón por la que crecen la violencia, la crisis y el desorden. Si los actuales gobernantes tratan de sofocar una vez más la voluntad popular, no habrá más tiempo para solucionar pacíficamente nuestros asuntos [...]. En tal caso, perdurando el desastre, no se podrá oponer más que la violencia».
En conferencia con comunicadores franceses, con una desigualdad de horas, adopta, en cambio, un estilo apaciguado: «Si se trata de ir allá para aumentar la violencia no quiero viajar», aclara. «Mi retorno al país debe ser una prenda de paz a toda costa.» Su



Camino de Cintura a la altura del río Matanza. Una hora después de llegado el vuelo charter, se producen algunos incidentes. Un joven de 17 años resulta herido en la refriega.

esposa, Isabelita, que participa del coloquio, es rotunda: «El general irá a la Argentina, no tengan la menor duda».

Esos tironeos y ambivalencias tácticas con que Perón arma su estrategia engendran desconcierto, y es precisamente en el ejercicio de la incertidumbre donde es más experto. Un extenso diálogo que publica *Le Figaro*, el 27 de octubre, patentiza ese modo de proceder y, sobre todo, el increíble círculo doméstico que le rodea, del cual el país con perplejidad se enterará muy pronto. La reunión se realiza en el escritorio del general. Es una pequeña pieza cuya ventana da al jardín. Junto a Perón y al periodista de France Press, se acoplan Isabel, que incursiona para dar sus puntos de vista, los dos caniches enanos *Pucci* y *Canela*, y el gentil y vigilante secretario privado José López Rega, que vela con autoridad sobre el empleo del tiempo de su patrón. López Rega también interviene en el reportaje, e interrumpe varias veces al ex presidente para dar su opinión sobre el plan de retorno. Con un matiz destemplado, apocalíptico («Si no volvemos el pueblo nos mandará a la hoguera»), evidencia no tener ninguna esperanza en el éxito de la operación. En una de sus largas interpelaciones analiza y expone lo siguiente: «El problema es sencillo [...]. El día en que el pueblo se entere de que Perón llega, romperá todas las barreras para ir a su encuentro. El gobierno podrá tomar las medidas que quiera, cortar las rutas y las líneas del ferrocarril, pero sus esfuerzos serán vanos: el país se paralizará. La CGT no tendrá necesidad de impartir instrucciones, pues el movimiento será espontáneo. Entonces ¿qué puede hacer el gobierno ante semejante situación? Jugar el todo por el todo. Aprovechar esa manifestación para provocar incidentes. Estallará una bomba, se dispararán armas de fuego, habrá numerosas víctimas [...]. El general no podrá siquiera descender del avión.

Se le introducirá en un helicóptero que lo llevará a un cuartel militar. Todo ello permitirá a la camarilla actualmente en el poder justificar una nueva represión y prolongar su dictadura por lo menos cinco años. Es el temor a esta provocación que frena a Perón. Mire usted –relata– [...] el 8 de octubre, luego de un discurso alentador de Lanusse, el general me dijo: "José, andá a reservar dos pasajes en Aerolíneas Argentinas. Vos y yo partimos para Buenos Aires". Pero después reflexionó: "Que me maten no tiene importancia, pero no quiero que por mi culpa se mate a argentinos..."».

Fuerzas antimotines apostadas en los puentes de la autopista a Ezeiza disparan sus gases lacrimógenos para contener y atemorizar a los manifestantes que tratan de rebasar los controles.

Ultimos días en Madrid

Integra los preparativos para el regreso la cumbre que se realiza en Madrid en la primera quincena de octubre. Es la cuarta asamblea cimera justicialista desde agosto del 71, y esta vez predomina entre la concurrencia la jerarquía sindical, a la que se suma Cámpora y otros políticos. Por ser el 8 de octubre el cumpleaños número 77 del líder, la delegación concurre munida de numerosos obsequios. El plenario, rodeado del particular secreto, trata las generalidades del operativo, y los detalles son minuciosamente analizados en un marco restringido: sólo Perón, Cámpora y López Rega conocen la trastienda. El último aniversario del ex presidente en España trans-

curre tranquilamente. Con él está Isabel, el grupo de altos dirigentes, y los argentinos pueden ver los brindis por televisión. Es parte de los «acuerdos» con el gobierno y de la irresistible moda peronista.
Preponderantemente, la cuestión de las candidaturas perturba al cónclave. Si Perón es vetado, ¿quién lo reemplazaría? Dando consistencia a los rumores, en dicha convención hay dos posiciones: la primera, sostenida por Cámpora, niega que allí sea pertinente barajar candidaturas, porque, son sus palabras, «el peronismo tiene su candidato, que es Perón». La otra, patrocinada por los representantes gremiales, habla de que a Antonio Cafiero le aguarda «un papel de extrema importancia». Todo se debe, según parece, a que Perón, percibiendo los deseos de los sindicatos, hace cálidos elogios a su ex ministro de Economía, del que pontifica que «ya era ministro, y muy eficaz, cuando aún era adolescente», y lo retrata de «extremadamente competente». Cafiero, cabe conjeturar, respaldado por la autoridad del Conductor toca el cielo con las manos. Empero, las conclusiones sobre aspirantes aún son prematuras.
Buenos, ¿y cómo está el Perón de Madrid en sus flamantes 77 años? Desmedidamente cortés, perfectamente natural, sin reticencias ni exageraciones, a los tres días de su fiesta recibe vistiendo ropa deportiva a los integrantes del seleccionado argentino de fútbol. Reparte ironías y hace servir coñac. No ha perdido nada de su prestancia. Su silueta robusta y alta se ha asentado apenas. Los cabellos aplastados son aún negros y abundantes. Las mejillas rosadas realzan el destello de su mirada, penetrante, muy vivaz. Solamente la voz, vacilante a veces, revela la edad avanzada.
En su quinta 17 de Octubre – lo revelan las fotografías – cuando aparece en la entrada del parque con los puños introducidos en los bolsillos del saco, da una imagen de segura felicidad. Y, admitidamente, ese estado de ánimo se transmite. A diez días de tomar el avión hacia Roma, quienes lo han visto rememoran que ante la inminencia del viaje está emocionado y con una profunda tranquilidad de espíritu. Sin temor y con decisión, le encanta la aventura de volver.

Los que mandan

Paralelamente al ajetreo peronista, se desempolva el antiperonismo. Cae de su peso que el sector más anacrónico, los «gorilas», está estupefacto, para decir lo menos. Toda la gama de agrupaciones, desde los centros cívicos a la Comisión de Afirmación de la Revolución Libertadora, efectúan decenas de declaraciones y publican solicitadas costosas en las que resaltan primordialmente las contradicciones del presidente Lanusse, que si hace poco ha recordado la descalificación por faltas gravísimas aplicada a Perón en 1955 por un tribunal de honor del Ejército, ahora, en noviembre del 72, elabora una política tendiente a consensuar con el «tirano prófugo» y facilitarle la vuelta.
A su turno, los simpatizantes de base del justicialismo son rigurosamente maltratados. El acto central del 17 de octubre en el cual Cámpora sería el único orador es reprimido severamente con disparos de gases dentro del local de avenida La Plata 246. Hay 186 detenidos. Para completar, Lanusse, dispuesto a dialogar con Perón, ha dicho a principios de octubre: «Voy a cruzar a la vereda de enfrente para encontrarme con quien sea cuantas veces convenga para el bien del país», pero a medida que pasan rápidamente los días y el mítico retorno está a punto de transmutarse en algo tangible, la organización oficial se excita. Es alentador que un despacho del Ministerio de Obras Públicas del 25 de octubre exprese que el vuelo de Alitalia contratado por el justicialismo está autorizado, pero, juntamente, crean zozobra las palabras del jefe de gobierno retando a Perón a que «*demuestre si tiene o no patriotismo*». Y, contemporáneamente, la monserga de los servicios sobre la posibilidad de actos de sabotaje y depredación que pueden causar «la infiltración de elementos terroristas», la planificación estatal de medidas preventivas fastidiosas con los consiguientes arrestos y registros domiciliarios, los condicionamientos, los pedidos de explicaciones, el acoso sobre la dirección local del peronismo al pretender se le brinde a los militares el detalle minucioso, paso a paso, de lo que hará Perón tras su llegada, el manipuleo de los medios de comunicación, las intimidaciones del primer cuerpo del Ejército sobre tenencia y portación de armas y explosivos, y la prohibición absoluta de cualquier tipo de concen-

Perón llega a su residencia de la calle Gaspar Campos en Vicente López. Lleva diez días en el país y su actividad no conoce pausas. Saco y corbata en mano camina rodeado de custodios bajo la mirada atenta de López Rega.



tración por el retorno del ex presidente, obligan al movimiento justicialista a replicar con una solicitada el día 12, en la que denuncian «una campaña de provocación» contra el peronismo, y alertan a la militancia.
Vale la pena señalar que no hablan de igual modo con referencia al regreso en cuestión, Lanusse, el dialoguista, que el general Alcides López Aufranc. El contralmirante Coda, por ejemplo, o el brigadier Rey, ambos integrantes también de la Junta de Comandantes en Jefe, revelan, por lo menos en el lenguaje, una disposición tranquilizante.

Asedio al Vaticano

Roma le depara sorpresas. La salida de Madrid está rodeada del mayor secreto, y en el avión privado que baja en el aeropuerto de Ciampino el 14 de noviembre viaja con su esposa, su secretario y seis colaboradores no identificados, presuntamente custodios españoles. Lo reciben funcionarios del gobierno italiano, y Giancarlo Elia Valori, jefe de relaciones públicas de la RAI (televisión italiana). Lo han ido a saludar un puñado de partidarios que corean «Perón-Perón». El viajero agita el brazo y sonríe. Se aloja en el hotel San Giorgio, Via Velabro 16. A poco de la bajada conferencia en forma particular con el primer ministro Giulio Andreotti. Al reaparecer en Via Velabro, muestra al periodismo un cartelón de bienvenida y posa para los fotógrafos: está exultante.
La posible audiencia con el papa es comentada desde semanas atrás. Háblase de gestiones de Valori, de personalidades del nacionalismo católico ortodoxo y hasta del espiritista López Rega. Ciertamente, se tiene la convicción en círculos allegados al Vaticano que la Santa Sede gravita en el «diálogo», por así decirlo, entre Perón y el gobierno argentino. Todavía más: asegúrase que la cita estaría ya concedida y le fijan fecha para el 15 de noviembre. Acerca del contenido de ésta, se motivaría en el interés tantas veces reiterado por Perón y su delegado personal de constituirse en «prenda de paz» de los argentinos. Igualmente, se interpreta que Pablo VI insistirá en que ése debe ser el cometido primordial, y así lo habría precisado a quienes solicitaron la interlocución.
Lo cierto es que las cosas no funcionan bien. La conversación con Pablo VI fracasa. El caudillo proscripto va a Roma seguro de verse con Su Santidad, que él considera de suma importancia, pensando, ni duda cabe, en el zarandeado conflicto de 1955. Y es curioso, el traspié no le hace perder la exaltación que muestra en sus tres días romanos. El plan naufraga, si atendemos a referencias dignas de crédito, porque la gestión está mal encaminada y, en todo caso, porque quien la gestiona es persona no grata en el Vaticano. Sin exigir demasiado a la imaginación, es posible adivinar que su secretario privado no es ajeno a esta *gaffe*.
Entonces, el 15 el papa delega en su ministro de Exteriores, monseñor Agostino Casaroli, la misión de hablar personalmente con Perón en su alojamiento. Por si fuera poco, la persona destinada por el ex presidente para recibir en la entrada del *palazzo* San Giorgio al enviado del Santo Padre no es otra que López Rega. En fin de cuentas, el líder peronista no entra en el territorio del Vaticano. El delegado papal conversa con el ex mandatario durante veinticinco minutos y, consultado al retirarse si el jefe justicialista sería recibido por el papa, explica muy diplomáticamente: «El señor Perón ha preferido renunciar al encuentro con Su Santidad, a pesar de cuánto le habría gustado entrevistarse con él, según confesó, en vista del carácter errado que podía dar su visita, y para no comprometer a la Iglesia en un campo de suposiciones».
Fueran las que fueren las razones, la presentación de Casaroli es especulada como un gesto que evita la comparecencia imprevista de Perón en el Vaticano, pues, como ocurre con otras personalidades, estos aprovechan la coyuntura de la audiencia general para obtener a continuación, aunque sólo fuese, un coloquio breve con Pablo VI, suficiente para instrumentarlo en su favor. De ahí que Agostino Casaroli se apersonara providencialmente una hora antes de la citada audiencia habitual de los miércoles. Mientras esto ocurre, ya está en Roma la comitiva que lo escoltará en su regreso. Vienen a buscar al general porque «es el único que puede pacificar y unir a los argentinos», reconocen unánimemente al desembarcar del avión Alitalia proveniente de Bue-



Los alrededores de Gaspar Campos se convirtieron en un improvisado lugar para acampar por parte de grupos juveniles y hasta familias íntegras a los que las lluvias y la noche no alejaban de la larga vigilia.

nos Aires. Es el famoso *charter*. Por de pronto, a los pasajeros les aguarda un sofocón. No tienen hoteles donde albergarse. ¿Cuál es el motivo? Al astrólogo López Rega le falló el horóscopo, equivocó el día y no hizo las reservas. A último momento, Giancarlo Valori salva el inconveniente.

En tanto Isabel, de paseo con una amiga, visita *boutiques*, hace algunas compras y «se tienta» en una joyería, Perón prodiga gracia y buena memoria. Recuerda a la Radio Televisión Italiana su estadía allí hace treinta y dos años, con detalles y ocurrencias pintorescas, y habla de su objetivo: «Ver si puedo crear un poco de paz entre los argentinos, que son tan revoltosos...». En otra ocasión, emplea las ingeniosidades proverbiales: «Aquí soy un ciudadano italiano...», acota y guiña los ojos, si bien no faltan quienes notan que su rostro evidencia claramente sus setenta y siete años, no así su físico, que es el de un hombre mucho más joven. Los diarios italianos, cualquiera sea la tendencia política, ofrecen un Perón sonriente, y tal es la resonancia de su estación europea y el pronunciamiento en que está metido, que en Estados Unidos, durante esa semana, tiene el *ranking* de personalidades de Latinoamérica entre la opinión pública norteamericana por encima del Che, Salvador Allende y Fidel Castro.

Antes de irse, propala cosas que desconciertan: «*Vuelvo al país porque me invitó el gobierno*», por ejemplo. Y algo más, ¿qué ideología manifiesta? A *La Stampa* aduce lo siguiente; éste es el diálogo: «¿Existe en América latina un modelo en el que usted se inspira? ¿Allende, por semejante?» «*No. Es a la izquierda*» «¿Cuba?» «*No. Demasiado a la izquierda.*» «¿Brasil?» «*No, demasiado a la derecha.*» «¿Perú?» [Donde gobierna el general Velazco Alvarado, nacionalista popular.] «*Sí. Perú es el modelo más cercano a mis principios [...]*».

Por más confusión o para más claridad, según se mire, una columna de jóvenes fascistas del Movimiento Social Italiano tantea hacerle honores frente al hotel.

Al partir de Roma con destino a Buenos Aires la noche del jueves 16, en el avión bautizado «Giuseppe Verdi», viste un traje gris oscuro. Su esposa lleva un vestido negro debajo de un tapado de visón claro. Al tiempo que realizan los trámites de embarque, sus partidarios entonan la marcha *Los muchachos peronistas*. Al general se lo ve cansado.

El charter

El vuelo *charter* no escapa a las generales de la ley que describen al Operativo. El contrato de alquiler de una aeronave que debería llevar de vuelta al ex presidente es susceptible de desmentidas, preparaciones comenzadas, postergadas o anuladas, cambios de ruta y otras alternativas, en dos meses largos. En principio, se menciona un viaje Madrid-Buenos Aires; luego, próximo al acontecimiento, un itinerario «Europa-Buenos Aires» (*sic*), con el propósito inocente de despistar.

Recién el 1 de noviembre hay creencia firme sobre reservas efectuadas en Alitalia, y el 8 confírmase que el apoderado nacional del partido justicialista, Antonio Benítez, entrega a los arrendatarios de la nave una suma de dinero, el 10 por ciento de los 55.000 dólares que cuesta alquilar la máquina. Cuando el sábado 11 el brigadier Arturo Pons Bedoya, en nombre del justicialismo, suministra la diligencia requerida por la Casa Rosada acerca del retorno, arrima escuetamente estos datos: «La comitiva del ex mandatario volverá en el vuelo 584 de Alitalia, con salida de Roma el 16 de noviembre a las 23.50 y escala en Dakar, para arribar a Ezeiza el 17 de noviembre a las 11». El martes 14, con ciento treinta y una plazas ocupadas, el aparato despega pocos minutos pasadas las 16. Héctor J. Cámpora encabeza la delegación. Entra en la estación aérea rodeado de una fuerte guardia personal y numerosos afiliados. Antes de dar respuesta a cualquier requisitoria, Cámpora solicita: «Compañeros periodistas... les voy a pedir un favor, que me hagan pocas preguntas... el llanto me embarga y no puedo hablar... Estoy muy emocionado...».

Luego de reponerse, sentencia aquello que redobla últimamente: «El general viene en prenda de paz».

Como es fácilmente deducible, los viajeros están conmovidos. Entre los que vuelan figuran: Raúl Matera, Miguel Bellizi, Alfredo Gómez Morales, Antonio Cafiero, Jorge Gianola, Luis Oscar Ratti, Jorge Taiana, Irene Román, Chola Pol de Araujo,



Juana Larrauri, Esther Fadur de Sobrino, Raúl Lastiri, Norma López Rega, Martha Lynch, Abel Cachazú, José Francisco Sanfilipo, Santiago Mele, Jorge Descotte, Lorenzo Miguel, Rogelio Coria, Estanislao Rosales, Néstor Carrazco, Juan Heredia, José Rodríguez, Otto Calacce, Abelardo Arce, Maximiano Castillo, Florencio Carranza, Adalberto Winer, Carlos Alberto Caro, Alberto Rocamora, Eduardo Frotezca, Ludovico Lavia, Carlos Seeber, Angel Miel Asquía, Héctor Sustaita Seeber, Carlos Mujica, Jorge Vernazza, Julio Romero, Oscar Bidegain, Antenor Gauna, Deolindo Bittel, Nélida de Miguel, Silvana Roth, José Martiarena, Benito Llambía, Mario Ricardo Anzorena, Leopoldo Frenkel, Pedro Bonani, Miguel Revestido, Juan Pallarea, Carlos Benítez, Juan Manuel de Anchorena, Nicasio Sánchez Toranzo, Valentín Irigoyen, Carlos Gau, Miguel Angel Barrault, Samuel Apicela, Horacio Farmache, Enrique Guillamón, Juan Carlos Gené, Marilina Ross, Pedro Maratea, Oscar Alonso, Leonardo Favio, Hugo del Carril, Chunchuna Villafañe, Jesús Porto, Vicente Solano Lima, Enrique Basualdo, Alberto Fonrouge, José María Rosa, José Luis Muñoz Aspiri, José María Castiñeira de Dios, Enrique Svesek, Jorge Obeid, Guillermo Omarella, Eduardo Luis Duhalde, Rodolfo Ortega Peña, Carlos Menéndez, Alfonso Galván, Ernesto Carrera, Casildo Herrera, Eloy Camus, Guido José di Tella, Roberto Pettinato, Ernesto Fattigati, Arturo Pons Bedoya, Fernando González, Antonio Castro, Enrique Guillamón, Ricardo Paz Anzorena y el brigadier Cao.

Dos mil personas agitan los pañuelos y entonan la marcha. El avión italiano matrícula DIWY, es un DC 8-62. Sale una hora y ocho minutos demorado.

Militantes villeros peronistas de Retiro aguardan la visita de Perón al barrio donde actuó el padre Carlos Mujica, luego asesinado.

La llegada

El lunes 13 se sabe que no están permitidas demostraciones por la venida de Perón. El argumento es el estado de sitio. Inclusive, es noticia el movimiento de fuerzas del Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea. Además de esto, como otro ingrediente de la estrategia acuerdista, fuentes oficiosas indican que el gobierno reconoce a Perón como un líder «mítico». Antropología aparte, los militares, mejor dicho, la cima militar, ratifica que está decidida a facilitarle al líder su deseo de convertirse en prenda de paz.

Sin embargo, las autoridades, con sus hechos, ponen en evidencia el revés de aquello que pregonan. Al fin y al cabo, montan un dispositivo abrumador, bochornoso. Impónese un cese de tareas por veinticuatro horas el 17, y las clases son suspendidas por dos días. En los traslados de tropas intervienen 35.000 hombres; todos los efectivos del Primer Cuerpo del Ejército entran en operaciones y hay mudanzas de soldados con asiento en Corrientes y Tandil. Convergen sobre Ezeiza y zonas aledañas, e incluyen brigadas de tanques. Al tiempo de advertirse la represión de cualquier intento de «alterar el orden», a partir de las 12 horas del jueves 16 está vedado el paso de vehículos y personas por la autopista Ricchieri con destino al aeropuerto. La maniobra contiene una proclama a las tropas, y todo el Gran Buenos Aires es escenario de esta faena espectacular. Al mediodía del 16 es desalojado el Hotel Internacional de Ezeiza, y los periodistas nacionales y extranjeros, que ocupan



cincuenta de sus ochenta y cuatro habitaciones, deben irse de inmediato.
Al promediar la tarde del 15, Abal Medina difunde un nuevo mensaje de Perón: era un llamado a la tolerancia: «Vuelvo al país después de 18 años de exilio producto del revanchismo que no ha hecho sino perjudicar gravemente a la Nación; no seamos nosotros colaboradores de tan fatídica inspiración», y cierra de este modo: «Que seamos nosotros, los peronistas, los que sepamos mostrar el mejor ejemplo de cordura».
El viernes 17 de noviembre, a pesar del autotitulado rebato de «disuasión», marchan a Ezeiza miles de personas. La mañana es lluviosa; los manifestantes —en su mayoría obreros y estudiantes jóvenes— tratan de alcanzar el aeropuerto, siendo impedidos por barreras militares y policiales. Los heridos, que abundan, son alcanzados por balas disparadas por las fuerzas de seguridad y quemados por bombas lacrimógenas. Las detenciones suman centenares. De todas maneras, algunas columnas logran quebrar los cordones y logran las cercanías de la estación aérea. Es en la ciudad General Belgrano y en la autopista Ricchieri donde se registran los choques de mayores proporciones. En dichos puntos actúan tanques para dispersar a los hombres y mujeres, algunos con niños en los brazos, todos empapados, que pugnan por aproximarse cuando aún falta más de una hora y media para que el avión de Alitalia toque tierra argentina.
Es un día de júbilo para el peronismo. Una energía desconocida se apodera de militares y policías, que enderezan sus bayonetas caladas a escasos centímetros de la gente. Un cronista de *La Nación* constata que las fuerzas represivas arriman tanto sus bayonetas a los grupos que avanzan pacíficamente, que al hacerlos retroceder es como si los llevasen prisioneros. En toda la mañana, salvo una que otra pedrea, no hay por parte de la multitud agresión alguna, sea de hecho o de palabra.
Existen colisiones graves frente a los cuarteles de La Tablada, en las inmediaciones del río Matanza —donde mientras el ejército arroja granadas lacrimógenas unas cien personas cruzan el río a nado—, en Pola y Avenida del Trabajo, en Avenida San Martín y Ricchieri, en Dellepiane y Larrazábal, en Camino Negro y Ricchieri, donde hay tiros y muchos detenidos, en la estación Mendevielle, en la autopista y la ruta provincial 205, y en la Capital, en Plaza Constitución, Parque Chacabuco y Puente Pueyrredón. En las inmediaciones de Ezeiza, a la altura del Barrio Esteban Echeverría, es gaseado y disgregado un grupo crecido de personas que casi incursiona en el aeropuerto llegando a campo traviesa, pues camina por la zona de Laferrere y González Catán.
Cuando aterrizan Perón y sus compañeros, a las 11.08, el perímetro de la aeroestación está bajo un mecanismo militar de magnitud nunca vista. Gran cantidad de tropas, vehículos de combate —tanques, *carriers*— y apoyo logístico ocupan la pista, a los que se anexan helicópteros que sobrevuelan el área. Sobre la torre de control toman posiciones soldados con fusiles FAL y ametralladoras. Los controles por los que pasan 300 peronistas que integran el comité de recepción son degradantes, y en la terraza del edificio principal forman efectivos con ropa de fajina cada ocho metros.
Seis automóviles, cuatro ómnibus, un auto que agita una bandera a cuadros, dos patrulleros y una docena de motocicletas, siguen a las escalerillas encaminadas a la nave. De uno de los automóviles descienden Rucci y Abal Medina, que consiguen ponerse al pie de la escalera colocada en la puerta de adelante. Al abrirse la portezuela, suben el jefe del aeropuerto, comodoro Salas, y el comisario Díaz, e ingresan al avión. Cuando el comodoro alcanza el peldaño final de la escalera, Perón ya está de pie frente a la puerta. «Vengo a invitarlo a descender», propone el jefe de la base de Ezeiza. La respuesta es una pregunta: «Y m'hijo, ¿a qué hemos venido si no a bajar?». Poco después, se deja ver Juan Domingo Perón seguido por su esposa, Cámpora y López Rega. El ex presidente baja las escaleras con agilidad, y abraza a Rucci y a Abal Medina.
En un automóvil blanco, Perón enfila a la salida de la plataforma de aterrizaje para ir al Hotel Internacional. Al pasar frente al sector donde se hallan quienes han sido autorizados para darle la bienvenida, que están notablemente exaltados, el coche en el que va el ex mandatario se detiene. Y aquí viene una escena memorable que muchos recordarán. Perón, que desde momentos antes está asomado a la ventanilla y saca los brazos para saludar, desciende, y junto a él sus acompañantes. El líder da unos pasos y levanta los brazos: es su clásico saludo. Rápidamente se acerca Rucci, quien trae un paraguas, con el que protege al conductor justicialista de la intensa lluvia. Los trescientos simpatizantes del comité de recepción porfían por allegarse a él y hay grescas con la policía. La salutación dura apenas un minuto, durante el cual se oyen gritos y vivas. El Viejo vuelve entonces al automóvil y se dirige con la caravana al hotel de Ezeiza. Una vez que ingresa, las vallas militares no permiten acceder a nadie.

Perón está preso

Pasados unos minutos de la arribada, entre empellones, forcejeos y largos entredichos entre la gente de prensa y los cuerpos de seguridad que trabajan con exagerado celo, Cámpora, secundado por Abal Medina, informa que el general desiste de realizar la conferencia con los medios que ofrecería a su llegada,

«en razón de que no había podido tomar aún contacto con su pueblo». Puede conocerse en ese instante que Cámpora pidió averiguaciones al comodoro Salas sobre la captura de Julián Licastro, al que suponen, de conformidad a las primeras e inexactas novedades, vinculado con una sublevación ocurrida esa misma mañana en la Escuela de Mecánica de la Armada. De los peronistas que están en el *hall* parten los primeros gritos de «el pueblo está preso».
En la tarde, personal de Aeronáutica fuertemente pertrechado sitia el hotel por fuera. Y, ante el hermetismo de las autoridades justicialistas y la muralla de las armas, principian a tejerse toda clase de suposiciones: «Perón se va a una quinta», «parte en helicóptero», «se va del país», «Lanusse lo espera a almorzar el lunes»... El interior del establecimiento está vigilado severamente, y sobre las azoteas se ven apostados varios fusiles-ametralladoras, y en las ventanas, policías de civil con armas largas. Un dirigente que fue a buscar al general proscripto a Italia, habla de su temple. Acaba de estar con él, corrobora que está afectado: «Una cosa era Perón mientras volábamos hacia aquí y otra ahora... En el viaje estaba alegre, eufórico... Ahora, todo lo contrario». Alrededor de las 19.30, el jefe del movimiento reúne en el tercer piso a los tres centenares de afiliados. Dice al comienzo: «Compañeros: me encuentro muy apenado porque mi pueblo no me pudo recibir como lo esperaba y lo deseaba...». Piensa quedarse todo el tiempo necesario, y renueva su misión pacificadora. Quienes lo tratan ponen de resalto que no ha tenido la alegría de hallarse con su pueblo, denotan su serenidad, y también su amargura.
Sorpresivamente, pasadas las 21, se desarrolla otra secuencia memorable. Al anunciarse que Perón va a salir —varias personas sacan valijas y bolsos de su equipaje— y una columna de *jeeps*, ómnibus, veinte motocicletas, camiones hidrantes y automóviles forman lo que se presume es la «custodia» proporcionada por el gobierno, se observa el arribo al lugar de camiones de la Fuerza Aérea de los cuales bajan soldados con ametralladoras de pie y otros armamentos. Por si fuera poco, tres ametralladoras, con dotaciones de cinco servidores cada una, son acomodadas a los costados y al frente del hotel. Simultáneamente, personal del Primer Cuerpo de Ejército bloquea la autopista.
Los minutos siguientes —que el país sigue azorado por televisión— son de auténtica incertidumbre. Uno de los encargados de las armas pesadas confiesa claramente: *«Si los autos avanzan, y quieren pasar, nosotros nos veremos obligados a abrir fuego, con Perón o sin Perón»*.
Los acontecimientos certifican que nadie puede alejarse del establecimiento. Para más, de una fila de automóviles procede personal que también porta ametralladoras. Este grupo rodea el edificio y apunta sus armas a las puertas de acceso y las ventanas. A las 23.20 la agencia United Press afirma que el veterano político no puede salir por orden del Estado Mayor Conjunto. Frente a tal panorama, algunos de los integrantes de la comisión de los 300 empiezan a gritar «Perón está preso», y otros a aumentar con convicción: «La juventud peronista lo sacará».

Dos anécdotas

Entre otros, privilegiamos dos testimonios del viaje en avión. El primero, pone de relieve una vez más la situación del ex presidente y su entorno, que acarrea amenazantes problemas. El segundo, representa cabalmente al exiliado al volver a su patria a los 77 años.
Cuenta el locutor Jorge Conti del Canal 11 que por más que López Rega ha sugerido «no tocar aspectos referidos a la política argentina en virtud de su inconveniencia hasta tanto Perón dialogue con algún representante de las Fuerzas Armadas», Conti se apersona en el trayecto al jefe del movimiento justicialista y le indaga sobre la posibilidad de un acuerdo con el gobierno. A la pregunta, Perón contesta que, por su parte, no habría dificultades. Bruscamente, López Rega ordena que la entrevista debe concluir.
El historiador José María Rosa recuerda lo siguiente: «Cuando el general vio la Cruz del Sur la miró fija y largamente; los que advirtieron la escena comenzaron a cantar el himno nacional, que fue, junto con la Marcha Peronista, varias veces entonado durante el viaje. El general —sigue Rosa— cantaba con mucha unción el Himno. Al sobrevolar tierra argentina divisó una boya: "¡La Argentina", exclamó alborozado. Noté que tenía la voz tomada y le pregunté a Matera: "Está muy emocionado", me contestó. Cuando el avión tocó pista abrazó enternecido a Isabelita y por su rostro se deslizaron algunas lágrimas».

A las 0.40, ya del sábado 18, en esa noche invadida de tensiones, un acta deja constancia de que a Perón le deniegan retirarse del hotel. Una hora después, el secretario de la Junta, brigadier Ezequiel Martínez, que ha llegado raudamente al Hotel Internacional, monta una conferencia de prensa en la que sostiene la no detención del conductor justicialista y concede que puede dejar su alojamiento desde que comiencen «las primeras horas de luz y de día». Arguye —pocos le creen— la preocupación del régimen *de facto* por la «seguridad personal» del ex presidente.
Para colmo, y paralelamente a esta conversación, en el *hall* del hotel se desenvuelve un episodio extraño del que son protagonistas Perón y ocho fotógrafos de testigos. Estos últimos han logrado franquear la entrada y estar junto al jefe peronista. «Me voy con

ustedes, muchachos, me van a servir de guía», avisa el general. Y llega hasta la planta baja. Allí, pistola en mano, los «custodios» lo disuaden.
A las 2.15, Cámpora y los miembros del FRECILINA confirman que «Perón está preso en la celda 113». Enfatizan que reporteros gráficos registraron notas en que el líder quiere salir de la habitación y policías armados se oponen. Así y todo, a las dos y media la tensión cede. Se levanta el cerrojo castrense, y Perón se pone a descansar.
Como puede apreciar el lector, el fracaso y los enredos del «operativo prisión» - para designarlo de algún modo – esclarecen las contradicciones agudas que aquejan al frente militar.

Gaspar Campos

Finalmente, Perón abandona el hotel de Ezeiza a las seis y cinco. Se dirige a su casa de Gaspar Campos 1065, en Vicente López, obsequiada por el movimiento. La vivienda, de tres plantas, tiene el frente de ladrillo pintado de blanco y el tejado rojo. La entrada exhibe un escudo de armas y una inscripción: «*Nec temere nec timede*» («ni temerariamente ni tímidamente») que por esas casualidades reverbera uno de los apotegmas del general: «En su medida y armoniosamente».
La zona, como es de suponer, está altamente atendida por el Ejército y la Policía de Buenos Aires. Abal Medina, ingresando a la residencia, lamenta: «El día de ayer *[por el viernes 17]* fue vergonzoso». En razón de que el automóvil que condujo al líder penetra aceleradamente a la casa, los periodistas y camarógrafos le piden que aparezca. A las 7.50, en el balcón adornado con una bandera argentina, Perón se expone por unos instantes. Está agotado: «Déjenme descansar, que hace tres días que no me saco los botines...».
Hasta el mediodía, cuando un centenar de personas prueba alcanzar la casa y es disuelto, no hay novedades. De todos modos, aliviada la dureza militar, el público se aproxima hasta el frente de la finca. Quieren ver a Perón, cantan el himno nacional, la marcha partidaria y entonan estribillos: «*La Casa Rosada / cambió de dirección / está en Vicente López / donde vive Perón*»; «*Si Evita viviera / sería montonera*»; «*Juventud presente / Perón, Perón o muerte*». Pasadas las 13, en una de las ventanas ubicadas en la parte superior, Perón saluda sonriendo con los brazos en alto. Permanece así cinco minutos. Seguramente, como escribe Page, está conmovido profundamente, y en ese día primaveral de Gaspar Campos en el que sale varias veces a saludar, a hablar, a agradecer a la multitud, a hacer gestos demostrativos con ambas manos de que desea dormir y a colocarse un gorrito a pedido de sus amigos, su calendario personal «vuelve a detenerse en el pasado y él disfruta enormemente con este atraso de la hora histórica». La larga ausencia ha quedado atrás.
Los manifestantes ocupan totalmente las calles y veredas de la zona; muchos de ellos son jóvenes menores de dieciocho años, y festejan en un clima de algarabía. En el aire, los helicópteros del gobierno trazan círculos intimidatorios sobre el lugar, pero la gente canta, baila y muchos automovilistas hacen sonar sus bocinas en forma rítmica: «*¡Volvió!*».
El domingo 19 continúa la fiesta en Vicente López, y los vecinos dan síntomas de molestias. Algunos peronistas han permanecido allí toda la noche. Militantes de la Jotapé colocan obstáculos en las calles de acceso y palpan de armas a los transeúntes, y las paredes son pintadas con leyendas de las «formaciones especiales». El jefe del justicialismo dice discursos en tres oportunidades: a las 10.10, habla a la juventud, y alude al domingo soleado de primavera: «Compañeros, agradezco a la providencia que nos dio este día doblemente peronista. Y digo doblemente peronista por lo que nos viene del sol y del cielo y por lo que viene de este maravilloso pueblo reunido aquí». Al terminar aconseja tranquilidad y prudencia. Entre un beso a Isabel a pedido de la asistencia y la colocación de dos banderas paraguayas en las ventanas, discursea nuevamente a las 12. Pide calma. A las 16 se relaciona con los presentes que llenan la cuadra de su casa y las circundantes. Reconoce las lamentaciones de los vecinos y pide mesura para evitar el desalojo eventual de la multitud, al que califica como «maniobra tramposa del gobierno».
El gran momento de ese día es la visita de Ricardo Balbín. No es verdad que salte una tapia o trepe una escalera. La congestión producida por la abigarrada



El secretario de la Junta Militar, brigadier Ezequiel Martínez y el secretario de Prensa, Edgardo Sajón, informan a la prensa sobre la respuesta del gobierno a requerimientos de Perón.



El teniente coronel retirado Jorge Osinde, vinculado a los servicios de inteligencia en el primer gobierno peronista, hace declaraciones en Gaspar Campos. Luego fue sindicado como responsable de la masacre de Ezeiza.

cantidad de gente obliga a utilizar para entrevistarse con el ex presidente una propiedad ubicada en la calle Madero 1060 que comunica por los fondos con la casa de Gaspar Campos. Por allí, a las 20, hace su entrada Balbín en medio de gritos hostiles. Al retirarse, a las 22.25, se genera un alboroto breve —le gritan «gorila», su coche es golpeado— pero Balbín, como si no hubiese sucedido nada, pasa por alto el trato. «Yo tengo que reconocer —testifica enseguida— que tanto en la entrada como en la salida no fui agredido por nadie.»

El lunes 20 es de igual manera importante, y movido. Lógicamente la cantidad de público disminuye. Perón e Isabelita toman a asomarse pero no hay discursos sino convenciones para que se desconcentren en orden y no rompan nada. Muchos de los presentes se cansan de pedir reiteradamente que el ex mandatario aparezca, y se van. Por la noche, y por más de cinco horas, Perón y los representantes de treinta partidos de orden nacional y provincial deliberan en el restaurante Nino, en la Avenida del Libertador 1295, una confitería bailable de moda diez años atrás. El Conductor inicia la lista de oradores y perora por espacio de cuarenta minutos. No está permitido el acceso al periodismo. Naturalmente, la cuestión candente de la cláusula de residencia es planteada por la delegación peronista y, consiguientemente, la posibilidad de un programa conjunto. Lo esencial de Nino, huelga consignarlo, son las coincidencias implícitas de Perón y Balbín.

No obstante, el lunes concluye mal. Las primeras interpretaciones indican que un civil y un militar han sido heridos en un tiroteo entre el ejército, ubicado en las inmediaciones, y jóvenes peronistas, antes de cesar el cónclave. Los tres mil afiliados que esperan la palabra del líder desde los balcones de Nino están nerviosos. Perón, que procura contar qué ha pasado en la asamblea, es interrumpido cinco veces. Enojado, replica y discute con los muchachos: «O hablás vos o hablo yo», «Bueno... ¡acabala!», «Pero ¡terminémosla con esto!», «Escuchen, después gritan todo lo que quieran...». López Rega y Osinde están de pie junto a él.

A la una del martes se acaba «el carnaval» —como anuncian algunos—. Las fuerzas de seguridad comienzan la corrida de civiles, y a partir de ese momento es prácticamente imposible confluir más allá de dos cuadras a la redonda de la residencia. El desalojo comprende la reparación de frentes y otros daños no intencionales, y los gastos, calculados en 20 millones de pesos, son solventados por el Partido Justicialista. Perón está de mal humor; ante un grupo de simpatizantes y para que la prensa anote, discurre que él siempre ha pensado «que un bruto es peor que un malo, porque el malo suele tener remedio. Yo he conocido muchos malos que se han hecho buenos, pero no he conocido ningún bruto que se haya hecho inteligente», agrega. Es una referencia a los militares, quizás la primera respuesta a las humillaciones de Ezeiza. Estos, a su vez, responden: el Primer Cuerpo del Ejército dispone la expulsión definitiva del público, e incluye a periodistas. Se rumorea la declaración de «zona militar» del área de Gaspar Campos.

Por la noche, Balbín lo visita de nuevo. «Es una conversación de dos argentinos que olvidan su pasado y hablan de las perspectivas del futuro nacional», analiza el jefe radical. No tratan de candidaturas o de frentes. Balbín guardará buenos recuerdos de las pláticas de 1972. «Qué cosa curiosa —expresará después—. Fue como dejar todo lo de ayer para comenzar de nuevo. Así que todo resultó fluido, fácil.» Dialogan sobre la posible reforma de la Constitución y de la ley universitaria, dos temas urticantes que se resuelven sin conflicto, con comprensión de las partes. «Estos diálogos —memorará Balbín— determinan un modo nuevo. Radicales y justicialistas se encuentran de una manera distinta a como se encontraban antes. Podemos, entonces, no estar de acuerdo, pero podemos conversar sin tirarnos piedras.»

En los días siguientes se incentivan las medidas de control. La policía montada y la brigada antiguerrillera gasean a los peronistas, hieren a una mujer y se llevan treinta arrestados. Al mismo tiempo, arrecian las declaraciones y concentraciones del antiperonismo.

El contraalmirante Rojas tilda a Perón de «cabecilla de la opresión innoble». El viernes 24, por la mañana, el titular del justicialismo habla con los reporteros desde el jardín de su casa. Un eco de la asamblea de Nino es un pedido de audiencia con la Junta de Comandantes en Jefe. Le pregunta si presidirá la delegación, y refuta: «Personalmente, no me meto donde no me llaman».

Respecto a las palabras de Rojas, aclara de soslayo: «No lo he leído, además leo muy poco de cierta gente».

Por la tarde le avistan cronistas italianos y dirigentes sindicales. El ex presidente sale al jardín y conversa en la vereda. Dialoga sobre planes económicos y asegura que ha estudiado y visto cosas muy interesantes: «Yo no he estado en Europa rascándome la barriga...». Entusiasmado, está dispuesto a continuar, pero López Rega, que ha permanecido en la escalinata de la casa, da por terminado el coloquio y dictamina que ésa no es una sesión periodística sino un simple saludo.

El general paraguayo

El día venidero, en una conferencia de prensa, irrita a los que mandan. Es con doscientos corresponsales extranjeros, en el Nino. Hace ocho días que está en el país, y da la impresión de vigor y lucidez. «Yo puedo renunciar a todo», especula, y en uno de los pasajes menciona sus 77 años, detallando: «Yo no soy un jovencito, apenas joven». Está en un buen día, pero de pronto se emociona vivamente enjugándose las lágrimas cuando habla del Paraguay, y pronuncia una frase que cae como una bomba: «Yo tengo el honor de ser ciudadano de ese noble país y ser general del ejército más glorioso de todo el continente».

La emoción del ex presidente resulta contagiosa, pues Cámpora, que oficia de acompañante, también saca el pañuelo y se echa a llorar. Hay quienes ven un exabrupto en las palabras de Perón; sin embargo, siguiendo el ritmo de los acontecimientos, puede afirmarse sin titubeos que se encuentra seriamente ofendido con la cúpula militar, particularmente con el presidente. Y el domingo, en una charla matutina, se confirma aquello que sugerimos, pues al consultársele si va a mantener una reunión con Lanusse, retruca de inmediato: «No, no hay nada de eso. Yo ahora soy un grasa y quiero seguir siendo un grasa. Con los altos niveles no quiero saber nada».

Lanusse acusa el impacto, y en un radiograma enviado a todos los comandantes, unidades, institutos y organismos del Ejército, traduce su «profundo desagrado» por la andanada de Perón. A la noche de ese mismo día —lunes 27— el líder opina sobre el radiograma, y gana otra jugada: «Yo he sido durante muchos años profesor de historia militar y tengo un concepto claro sobre el ejército del Paraguay, que es glorioso. Por otra parte, yo soy general del Ejército paraguayo y no creo que haya un general que crea que otro ejército es más glorioso que el de él».

Los últimos sucedidos erizan las relaciones entre el gobierno y los partidos políticos. No en balde Rodolfo Galimberti, citado por Perón, denuncia que el objetivo de la Juventud Peronista es «vencer las dificultades impuestas por la dictadura militar, que impide a Perón mantener contacto con su pueblo, a través de un cerco policial».

El viernes 1 de diciembre es paradigmático. Lanusse, desde el Chaco, quiere tener la última palabra en el contrapunto. «Alcanzaremos la institucionalización sin retornos, ni saltos al vacío», y exhorta a la ciudadanía a «no confiar en ningún hombre providencial...». Por la mañana, Arturo Frondizi conversa con Perón. Están de conformidad en todo lo tratado y, al despedirse, el fundador del justicialismo, dirigiéndose a los cronistas, les confía: «Los dejo en las mejores manos del mundo».

A la tarde, exactamente unos minutos después de las 16, acontece un hecho insólito. Arriban a la casa de Gaspar Campos cuatro camiones del grupo antiaéreo de artillería 101 con asiento en Ciudadela, transportando igual número de cañones de 30 milímetros capaces de disparar, según averiguaciones, once proyectiles por segundo. Las baterías son emplazadas en intersecciones de calles que rodean a la residencia. Luego, sin ningún tipo de explicaciones, a las seis de la tarde, todos los elementos son retirados.

¿A qué se debe esta absurda demostración de poderío bélico? ¿Es otra reprimenda a Perón por su frase sobre el ejército paraguayo? Para dramatizar más las inquisiciones, un comunicado del Primer Cuerpo de Ejército hace conocer a la población que las armas

Perón sale de su casa de Gaspar Campos. Los fotógrafos no abandonan la guardia montada desde el día 17 en la residencia. El ex presidente lucía de buen humor, activo y con aspecto deportivo.



antiaéreas apostadas esa tarde se motivan «en el requerimiento expresado por los responsables privados de la seguridad *[de Perón]* ante este Comando». ¿Acaso se teme un ataque por aire contra el ex presidente? Preguntado Osinde si la colocación de baterías en torno de la manzana ha sido solicitada por él, en consonancia con trascendidos que lo focalizan como el gran sospechoso, dice: «No contesto ni que sí, ni que no». Cámpora, por su parte, objeta desconocer los motivos del emplazamiento de cañones y colige que lo acaecido obedece a «conductas psicológicas» del proceso que se vive. Nada queda claro. El sábado, Perón dialoga con Levingston. Sin comentarios. Ahora, los cordones policiales forman frente a la puerta de la casa.

William Morris

El domingo 3 es sintomático. Gaspar Campos está inactivo. Ante la soledad de la mañana los cronistas emplean el tiempo en preparar un asado, en el que contribuye Perón enviando botellas de vino por medio de su secretario. Ese día la política no pasa por allí. En William Morris la Tendencia Revolucionaria aspira a organizar un acto de homenaje a Fernando Abal Medina y Carlos Gustavo Ramus, dos combatientes implicados en el asesinato de Aramburu que fueron muertos en un tiroteo con personal de seguridad en 1970. El desorden es grande; en la represión muere Ramón Gerardo Cesaris, de 18 años, a quien tres policías que lo persiguen le disparan a un metro de distancia una granada de gas. Contingentes militares intervienen en apoyo de la policía, y los desmanes se prolongan cinco horas.

La reunión con los gremialistas convocada por la CGT constituyó una parte importante de las actividades de Perón. En la mesa aparecen Rucci, Casildo Herrera, Lorenzo Miguel, Lastiri, López Rega y Rogelio Coria.



Los sucesos de William Morris deterioran todavía más las relaciones con las Fuerzas Armadas. Perón envía su pesar a la familia del joven fallecido. Lanusse amenaza a los militantes de la izquierda peronista: «Estos que se hacen los machitos, no nos busquen mucho porque nos van a encontrar. Las armas no las tenemos de adorno»; de rondón asegura que el jefe justicialista «podrá ser o hacer cualquier cosa, menos presidente de la República en el futuro». Dicho sea al pasar, se equivoca en el pronóstico.

En Vicente López continúan las salutaciones de políticos aliados, crece el cerco, al que algunos observadores definen a esta altura como *autocerco*, le intiman a Perón con expulsarlo del país y, como una consecuencia esperada del plenario de Nino, se constituye el Frente Justicialista de Liberación (FREJULI). El miércoles 6 el líder virtualmente se escapa. Imprevistamente, toma desprevenidos a los controles oficiales y propios, y se va al barrio de emergencia Comunicaciones, en Retiro. Su deseo es saludar al padre Carlos Mujica de la parroquia «Cristo Obrero», mas en ese momento el sacerdote no está. Mujica es la figura principal del Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo, que apoya a su manera la estrategia insurreccional. A quienes le buscan significado al episodio lo perciben como una repetición de la ofensiva contra los militares y, deliberadamente, la deuda que desea cobrarse Perón con la Iglesia conservadora luego del desaire de Roma. Conjetúrase además la cercanía de un viaje al Paraguay y otros países latinoamericanos. Los que charlan con el jefe peronista destacan su «claridad mental», y la inquietud sobre la futura fórmula del Frente es el asunto que flota en el ambiente. Se barajan, entre otras muchas, dos alternativas ante el veto a Perón. Una es la renuncia del líder a su nominación; otra, la concurrencia del FREJULI a las elecciones sin fórmula propia.

El sábado 9, entre otros proyectos de viaje a Asunción y Lima, acontece otra vuelta de tuerca. Perón invita a sesenta miembros de los sacerdotes tercermundistas. Concurren el padre Mujica, encabezándolos y, entre otros, el sacerdote Alberto Carbone, a quien se lo enreda en el caso Aramburu. En la esquina, entes de entrar y bajo la lluvia, los palpan de armas y les revisan los portafolios. Ese sábado a la tarde, otra vez en el nostálgico Nino, una deslucida ceremonia junta a los que compartieron el *charter* con él de Roma a Buenos Aires. Los entusiasmos han decaído. Su custodia personal, comandada por un tal «coronel Salomón» comete toda clase de desconsideraciones con los curiosos y los medios informativos.

Un fin de semana de poquísimo movimiento en Gaspar Campos, un revólver disparado accidentalmente a un miembro de la guardia personal que sobresalta a Isabel, la omnipotente autoridad de Osinde y la «ingrata noticia» —la denominan así— de

la renuncia del líder a su candidatura, preparan el contorno desanimado del lunes 11, cuando los integrantes del FREJULI convergen en la residencia de Vicente López a ofrecerle la candidatura presidencial por el sector. Perón los recibe emocionado, y les pide «un breve plazo» para contestar. Entretanto susúrrase que en el caso de que el ex presidente no acepte, el primero en la fórmula será justicialista y civil, y «si es joven mucho mejor». Hay demasiadas ilusiones y ansiedad en la atmósfera.
Lo más atractivo del martes 12, entre preparativos del viaje, desfile de postulantes de las corridas políticas más variadas y el ingreso de deportistas de los tiempos viejos — Delfor Cabrera, Exequiel Bustamante, Antonio Albertondo — es la frustración de entrevistarlo dejada traslucir por el simpático señor Aristóbulo Riganti, el «soslas» de Perón, quien actúa como doble del Conductor en un programa cómico de televisión.
A la tarde del 12 se hace un acto de las 62 Organizaciones al cual asiste Juan Perón. Es en la seccional capital de la Unión Obrera Metalúrgica. La escolta particular provoca todo tipo de desatinos y choca a un auto de la televisión. Un inusitado redoblamiento de patrulleros, carros de asalto, armas largas y policía montada ocupan un amplio perímetro. Osinde, a su turno, prohíbe fumar, emplear grabadores y hacer cualquier clase de preguntas. Mil dirigentes sindicales llenan el salón. El viejo caudillo dedica casi toda su alocución al análisis de la situación mundial, pero, curiosamente, no efectúa ninguna referencia a la política argentina.
La jornada que precede a la partida está colmada de divergencias internas y relaciones sobre candidateables en el supuesto que Perón renuncie. Este, se sabe, es diestro en alimentar fantasías. López Rega, decididamente molesto, informa la decisión de viajar al Paraguay, luego a Perú y de allí a Madrid, donde el general pasará las fiestas. Precisa que el regreso a la Argentina está previsto para después de Reyes y, dentro de este esquema, «con anterioridad a las elecciones de marzo».
De nuevo Ezeiza es el centro de atención. A las 18.30 del jueves viaja a Asunción, e instruye a Abal Medina que inmediatamente después del despegue de la máquina dé a publicidad un «Mensaje al pueblo argentino», en el cual declina la candidatura presidencial que le ofreció el FREJULI.
Unas horas antes de alejarse para siempre de Gaspar Campos 1065, Osinde se reúne con el coronel Mallea Gil, encargado de los operativos de seguridad de Vicente López a Ezeiza. Cincuenta mil personas lo despiden de lejos a lo largo de la autopista Ricchieri. Una infinidad de puestos de control, helicópteros, motocicletas y caravanas de automóviles diluyen las exteriorizaciones.
Es una despedida melancólica, Perón saluda a una comisión de doscientos simpatizantes sin descender del vehículo, baja prestamente y sube al aparato junto a Isabel, su secretario y Cámpora. *«El general está triste y angustiado, no lo dejan bajar, no puede despedirse de su pueblo, lo tienen prisionero»*, expresan a viva voz dos mujeres peronistas. El comodoro Jesús Capellini — quien se levantaría luego contra el gobierno constitucional — mantiene en el aeropuerto tropas en reserva que fueron trasladadas por vía aérea.
La declaración de Perón arroja pocas dudas acerca de las razones de su giro a Madrid. Agradece respetuosamente al frente electoral haber proclamado su candidatura, y retoma bajo protesta: «Sin embargo, frente a la situación existente en el país, me veo en la obligación de declinar en beneficio de soluciones que permitan terminar con la dictadura militar, que con sus desaciertos ha llevado al país a su triste estado actual».

De viejos adversarios a amigos. El abrazo Perón-Balbín cerró un largo desencuentro político. El gesto se produjo en una Argentina que parecía todavía no madura para la tolerancia y el acuerdo entre adversarios. Pero fue el hecho nuevo de los dos veteranos dirigentes.

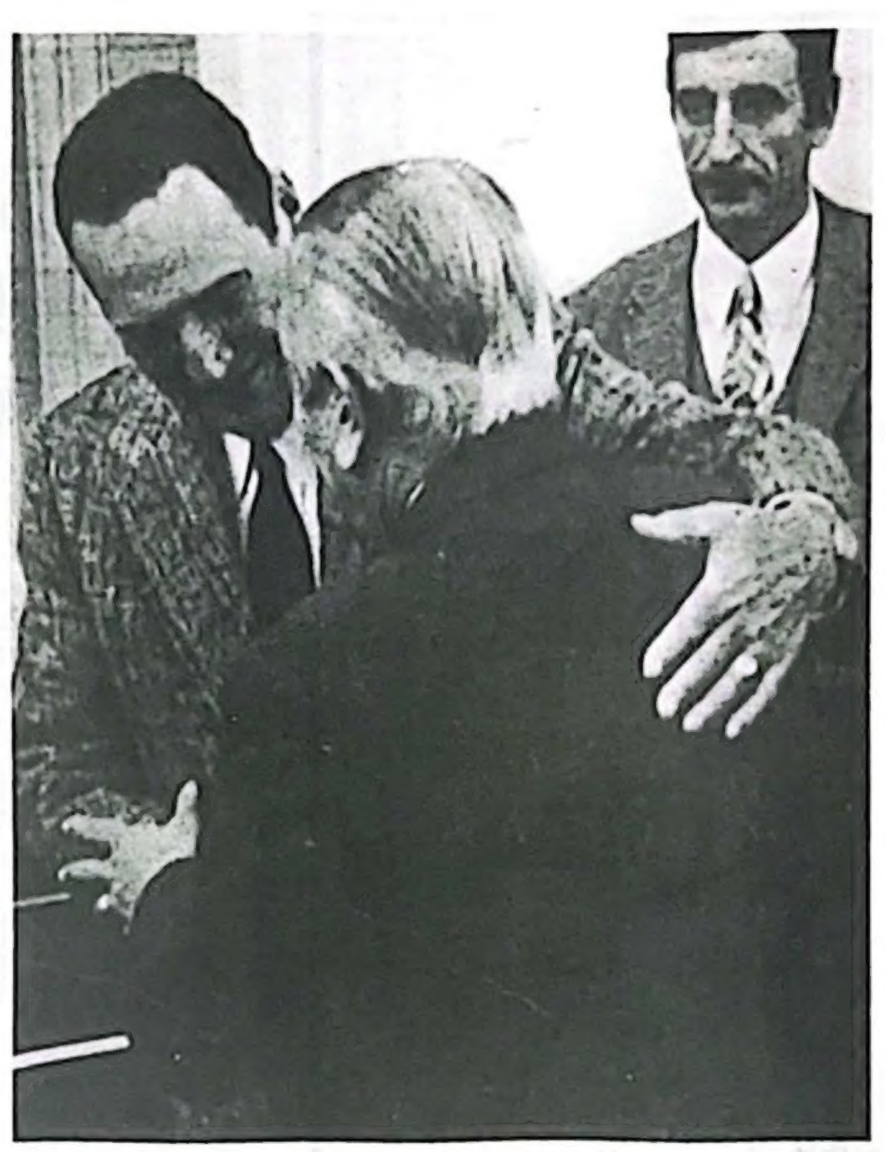
¿Para qué? ¿Por qué?

Dicen que vuelve para defraudar. La ardorosa Juventud Peronista lucha por su regreso para que inicie la revolución socialista, y debe aguantarle en Gaspar Campos trenzando como cualquier político tradicional. Es un líder veterano que solicita calma y prudencia. No es el Mao ni el Che que imaginaron. No recibe a los peronistas con cicatrices que han resistido durante dieciocho años. Este Perón angustia.
Otros, en cambio, reciben las cosas de distinta manera. En solamente veintiocho días y en condiciones muy adversas socava el GAN de Lanusse, que diagrama su propia *entente* de partidos liderados por el justicialismo, el FREJULI, y se abraza con adversarios tradicionales, empezando por Balbín. A continuación de esta movida habilidosa, retoma a Madrid para tomar distancia y dejar hacer. La reunión sencilla realizada en las mesas del restaurante Nino, donde el antiguo presidente sienta a toda la dirigencia política, es la cumbre que no pudo hacer el gobierno en los despachos de la Casa Rosada. Contemporáneamente, la vigorosa aparición de los decanos de la política nacional, Balbín y Perón, astutos y amigados, recaptura la escena pública y consagra el fracaso de la transición controlada que pretenden Lanusse y sus huestes. «En dos días he logrado reconciliar grupos políticos que peleaban entre sí desde hace años...» El líder no exagera cuando atestigua que el Gran Acuerdo Nacional lo ha hecho él.
Y, por sobre todo, a pesar de los agoreros y de los que por prejuicios o error de cálculo le negaban valentía personal, reimpatrió, para reforzar el amor de sus fieles, que lo reencuentran desafiante, bonachón y ducho y, aparentemente, sin ambiciones.
Posteriormente, la autoeliminación de su candidatura

y la designación de Cámpora como aspirante a presidente del FREJULI mientras vuela al Paraguay, escandaliza a los jerarcas sindicales, que asumen un papel pasivo en la campaña electoral, mas el gesto impulsa a los jóvenes peronistas a modificar su posición de boicotear las elecciones y lanzarse con tenacidad a ganar los comicios del verano del 73. Ciertamente, Cámpora es un subordinado leal, y esta nominación pinta de nuevo a Perón tal cual es. No da puntada sin hilo. El caudillo, según se admite, posee tres posibles candidatos: Taiana, Benítez y Cámpora. Desecha a los dos primeros, y su dedo elige a Cámpora, que siempre hará lo que él diga...

¿Por qué vuelve? Torna definitivamente el trágico 20 de junio de 1973, pero Gaspar Campos es la antesala, la instancia preparatoria. Si van juntas la metafísica y la política ¿acaso pueden separarse? es lógico que el viejo militar quiere terminar sus días en su patria y que le reintegren al Ejército con su grado. Por otra parte, sabe que su salud dista de ser buena, pues si bien es cierto que está en sus cabales, tiene plena lucidez mental sólo una pocas horas al día.

Y también ¿por qué no? retorna porque le picó el reto de Lanusse, e hicieron lo suyo la codicia del valido que le sirve de secretario, quien sí está interesado en volver. Todo esto pasó hace veinte años: parece que hubiera sido un siglo atrás...



BIBLIOGRAFIA

Anzorena, Oscar, *Tiempos de violencia y utopía (1966-1976)*, Contrapunto, 1988.

Bernetti, Jorge Luis, *El peronismo de la victoria*, Legasa, 1983.

Bittel, Deolindo, *Qué es el peronismo*, Sudamericana, 1983.

Cámpora, Héctor J., *El mandato de Perón*, Quehacer Nacional, 1975.

Cavarozzi, Marcelo, *Autoritarismo y democracia (1955-1983)*, Cedal, 1987.

Christensen, Juan Carlos, *Historia argentina sin mitos*, Grupo Editor Latinoamericano, 1990.

Crassweller, Robert, *Perón y los enigmas de la Argentina*, Emecé, 1988.

Del Barco, Ricardo y otros, *Historia política argentina (1943-1982)*, Ed. de Belgrano, 1983.

Gillespie, Richard, *Soldados de Perón*, Grijalbo, 1987.

Goldar, Ernesto, *El peronismo en la literatura argentina*, Freeland, 1971.

James, Daniel, *Resistencia e integración*, Sudamericana, 1990.

Lanusse, Alejandro Agustín, *Protagonista y testigo*, Marcelo Lugones S.A., 1988.

López Alonso, Gerardo, *Cincuenta años de historia argentina (1930-1980)*, Ed. de Belgrano, 1983.

Luna, Félix, *De Perón a Lanusse*, Planeta, 1980.

Mercier Vega, Louis, *Autopsia de Perón*, Tusquet, 1975.

O'Donnel, Guillermo, *El Estado burocrático autoritario*, Ed. Belgrano, 1983.

Page, Joseph, *Perón*, segunda parte, Javier Vergara, 1984.

Perina, Rubén M., *Onganía, Levingston, Lanusse*, Ed. de Belgrano, 1982.

Quinterno, Carlos Alberto, *Militares y populismo*, Temas Contemporáneos, 1978.

Ramos, Jorge Abelardo, *La era del peronismo*, Mar Dulce, 1981.

Rom, Eugenio, *Así hablaba Juan Perón*, Peña Lillo, 1984.

Rouquié, Alain, «Hegemonía militar, Estado y dominación social», en *Argentina, hoy*, Siglo XXI, 1982.

Idem, Poder militar y sociedad política en la Argentina, tomo II, Emecé, 1982.

Sánchez Sorondo, Marcelo, *La Argentina por dentro*, Sudamericana, 1987.

Scenna, Miguel Angel, *Los militares*, Ed. de Belgrano, 1980.

Snow, Peter G., *Las fuerzas políticas en la Argentina*, Emecé, 1983.